

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL

Santidad

13 de abril de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

En las audiencias generales de estos últimos dos años nos han acompañado las figuras de muchos santos y santas: hemos aprendido a conocerlos más de cerca y a comprender que toda la historia de la Iglesia está marcada por estos hombres y mujeres que con su fe, con su caridad, con su vida han sido faros para muchas generaciones, y lo son también para nosotros. Los santos manifiestan de diversos modos la presencia poderosa y transformadora del Resucitado; han dejado que Cristo aferrara tan plenamente su vida que podían afirmar como san Pablo: *«Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí»* (Ga 2,20). Seguir su ejemplo, recurrir a su intercesión, entrar en comunión con ellos, *«nos une a Cristo, del que mana, como de fuente y cabeza, toda la gracia y la vida del pueblo de Dios»* (*Lumen gentium*, 50). Al final de este ciclo de catequesis, quiero ofrecer alguna idea de lo que es la santidad.

¿Qué quiere decir ser santos? ¿Quién está llamado a ser santo? A menudo se piensa todavía que la santidad es una meta reservada a unos pocos elegidos. San Pablo, en cambio, habla del gran designio de Dios y afirma: *«Él (Dios) nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante Él por el amor»* (Ef 1,4). Y habla de todos nosotros. En el centro del designio divino está Cristo, en el que Dios muestra su rostro: el Misterio escondido en los siglos se reveló en plenitud en

subraya con mucha fuerza la transformación que lleva a cabo en el hombre la gracia bautismal, y llega a acuñar una terminología nueva, forjada con la preposición-prefijo "con": "con-muertos, con-sepultados, con-resucitados, con-vivificados" con Cristo; nuestro destino está unido indisolublemente al suyo. «*Por el bautismo —escribe— fuimos sepultados con Él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos (...), así también nosotros andemos en una vida nueva*» (Rm 6,4). Pero Dios respeta siempre nuestra libertad y pide que aceptemos este don y vivamos las exigencias que conlleva; pide que nos dejemos transformar por la acción del Espíritu Santo, conformando nuestra voluntad a la voluntad de Dios.

¿Cómo puede suceder que nuestro modo de pensar y nuestras acciones se conviertan en el pensar y el actuar con Cristo y de Cristo? ¿Cuál es el alma de la santidad? De nuevo el Concilio Vaticano II precisa; nos dice que la santidad no es sino la caridad plenamente vivida. «*Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él*» (1Jn 4,16). Dios derramó su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado (cf. Rm 5,5). Por tanto, el don principal y más necesario es el amor con el que amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo a causa de Él. Ahora bien, para que el amor pueda crecer y dar fruto en el alma como una semilla buena, cada cristiano debe escuchar de buena gana la Palabra de Dios y cumplir su voluntad con la ayuda de su gracia; participar frecuentemente en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía y en la sagrada liturgia; y dedicarse constantemente a la oración, a la renuncia de sí mismo, a servir activamente a los hermanos y a la práctica de todas las virtudes. El amor, en efecto, como nexo de perfección y plenitud de la ley (cf. Col 3,14; Rm 13,10), dirige, da significado y perfecciona todos los medios de santificación (cf. *Lumen gentium*, 42).

Quizás este lenguaje del Concilio Vaticano II nos resulte un poco solemne; quizás debamos decir las cosas de un modo aún más sencillo. ¿Qué es lo esencial? Lo esencial es no dejar pasar nunca un domingo sin un encuentro con Cristo resucitado en la Eucaristía; esto no es una carga añadida, sino que es luz para toda la semana. No comenzar y no terminar nunca un día sin al menos un breve contacto con Dios. Y, en el camino de nuestra vida, seguir las "señales de tráfico" que Dios nos ha comunicado en el Decálogo, interpretado por Cristo, que simplemente explica qué es el amor en determinadas situaciones. Me parece que ésta es la verdadera sencillez y grandeza de la vida de santidad: el encuentro con el Resucitado el

En la comunión de los santos, canonizados y no canonizados, que la Iglesia vive gracias a Cristo en todos sus miembros, nosotros gozamos de su presencia y de su compañía, y cultivamos la firme esperanza de poder imitar su camino y compartir un día la misma vida bienaventurada, la vida eterna.

Queridos amigos, iqué grande y bella, y también sencilla, es la vocación cristiana vista bajo esta luz! Todos estamos llamados a la santidad: es la medida misma de la vida cristiana. Una vez más, san Pablo lo expresa con gran intensidad cuando escribe: *«A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo... Y Él ha constituido a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y doctores, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio y para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y, en el conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud»* (Ef 4,7.11-13). Quiero invitaros a todos a abriros a la acción del Espíritu Santo, que transforma nuestra vida, para ser también nosotros como teselas del gran mosaico de santidad que Dios va creando en la historia, a fin de que el rostro de Cristo brille en la plenitud de su esplendor. No tengamos miedo de tender hacia lo alto, hacia las alturas de Dios; no tengamos miedo de que Dios nos pida demasiado; dejémonos guiar en todas las acciones cotidianas por su Palabra, aunque nos sintamos pobres, inadecuados, pecadores: será Él quien nos transforme según su amor. Gracias.

(Saludo a los peregrinos y otros y, a través de videomensaje, a los reunidos en el Xavier College de Melbourne, Australia, con ocasión del III Encuentro Nacional de la Familia)